



Anuncio

Lc 1, 28-33: “Entró el ángel a donde estaba ella y le dijo: Alégrate, favorecida, el Señor está contigo”.

No podemos contagiar una Palabra que no vivimos, el anuncio es el fruto fecundo de tener la palabra en las entrañas. Sin el deseo de vivir tras los pasos de Jesús, no puede invitar a nadie a seguirlo.

Nuestro envío nace de la experiencia fundante del encuentro con el Resucitado. Sólo desde esta experiencia de Dios seremos testigos de la fe; comunicaremos lo que hemos visto y oído, como María Magdalena, urgidas a proclamar que la Vida vence a la muerte (XXIII C.G).

Anunciar nos pide la propia conversión del corazón... que nos baste buscar sólo su Reino... y tener ahí nuestro tesoro. (Lc 12, 30-38). Anunciamos puesta nuestra confianza en Aquel que nos dice: “*Te basta mi gracia*” (2Cor 12, 9).

“Buscar sólo a Dios y su Reino, fe humilde y confiada en el Señor, hacerse pequeñas con los pequeños...” (CC. Art 11).

Porque no es el nuestro cualquier anuncio: En seguimiento de Cristo y por llamada del Espíritu, nos comprometemos a “*formar verdaderos discípulos de Cristo*” (CC. Art. 9).

“La empresa es grande; porque no es un templo lo que vamos a preparar al Señor; vamos a formar hijos de Dios” (PO, Espíritu de la Casa).

“Como los Ángeles, a los que la Escritura muestra con una misión de salvación, nosotras hemos de estar prontas para cumplir la voluntad de Dios, siempre en actitud de servicio, disponibles para el anuncio del Reino” (CC. Art. 10).

Los ángeles señalan sin más, el lugar de la presencia de Dios. En el AT este lugar estaba simbolizado en el Arca de la Alianza. En Juan, los ángeles indican el lugar donde estuvo Jesús que, Resucitado, se ha convertido en el nuevo Templo y Arca de la nueva Alianza. El Señor, que supera el tiempo y el espacio, está presente en todo lugar (XXIII C.G).

Renovar la opción preferencial por los pobres desde la nueva realidad mundial y las nuevas pobreza que nos llaman a: comprometernos en la defensa de la vida; promover la justicia, la paz, los Derechos Humanos y la integridad de la Creación (XXII C.G).

Ya desde nuestros orígenes nuestras Hermanas nos ofrecen el testimonio de que eran capaces de arriesgarse por el anuncio del Evangelio y el servicio entregado a los hermanos, como cuando se ofrecían a atender a enfermos de cólera, poniendo en el Señor su plena confianza (HH. A.G. Tomo 1).

“El Señor no va a recompensarnos por nuestros triunfos, quiero decir por las conversiones que hayamos obtenido, sino más bien por el trabajo que nos hayamos tomado. Nada desagrada a nuestro Divino Maestro como la impaciente impaciencia de sus obreros” (PO, 1853).

Hoy, el compromiso en la defensa de los Derechos Humanos está intrínsecamente ligado a nuestro anuncio (XXIII C.G).